

Luisa Martínez

# El vargueño







# El vargueño

  
ELPERRO  
yLARANA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

1.ª edición Talleres de la Tipografía Universal, 1932

© Luisa Martínez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

**Edición y corrección**

María López

**Diagramación**

Sonia Velásquez

**Diseño de portada**

Bairon Torres

Las ilustraciones que aparecen en este libro son tomadas de la primera edición. No aparecen los créditos del artista.

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN:978-980-14-5598-1

Depósito legal:DC2024001089

Luisa Martínez

# El vargueño



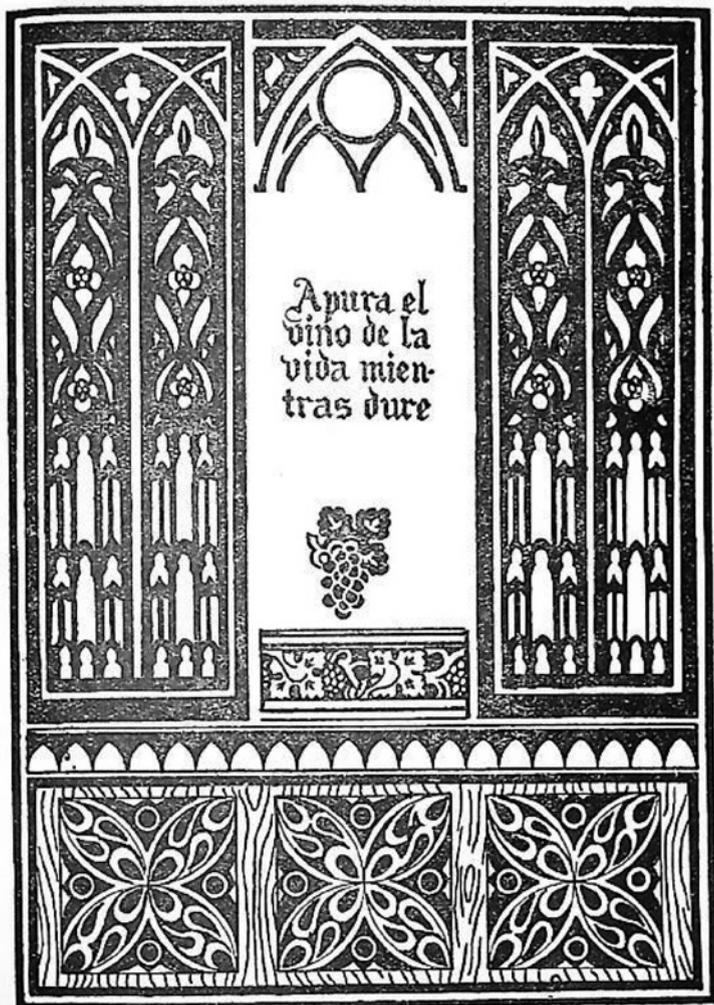
La acción de este ensayo de novela parte del presente, va al pasado y de este vuelve al presente, siguiendo el trazo de una elipse que no tiene ni comienzo ni fin.

Cada capítulo podría ser un punto de partida; podría ser el prólogo o el epílogo; podría el lector empezar al final o podría también empezar por las páginas centrales y voltear estas hacia la derecha o hacia la izquierda.

La acción continuada no tiene, como las paralelas, el infinito por vértice, más bien semeja el eterno rodar de la tierra, trazando como ella, en el caos del pensamiento, la inútil elipse.

CARACAS, AÑO DE GRACIA DE 1932





Apura el  
vino de la  
vida mien-  
tras dure



## EXPLICACIÓN

He terminado este ensayo de novela\* en un mes abril, cuando la lluvia, todos los días, ya en la tarde o en la mañana, caía con persistencia de amor.

Golpeaba la tierra con tal pasión, que semejaba el ruido corazones que caen y que antes de tocar la tierra, se vuelven lágrimas.

La persistencia de la lluvia me llevó a otros tiempos; a un pasado tan lejano, que tengo hasta la impresión de que fue otro ser y no yo la que escuchó, en unas tardes también lluviosas, el recuento de un amor que era *como una gota de agua perdida en la sed insaciable de la tierra*.

Si algún lector ha leído los editoriales de *Nos-Otras*, pensará que este ensayo de novela está hecho a base de realidad, un tema social expuesto, una tesis defendida; no creerá que ha de hallarse con la antítesis de estos artículos; con algo que no tiene sujeto, que no está hilado, que es sencillamente el vagar

\* El esbozo de esta novela fue publicado con el título de *El Azabache*, en 1926, en *El Universal*. [N. de la A.]

libre de un espíritu, que trata de sugerir y poner de relieve las fuerzas que mueven y entrelazan los seres y las cosas. Horas, ya vividas por unos o por otros, que parecen estar aisladas y que sin embargo repercuten, sin que por ello pueda establecerse la relación que las une.

1932 antes de la era del Cristo,  
1032 en la era del Cristo,  
1932 en la era del Cristo.

La misma alma milenaria, indolente, fatalista, amiga de detenerse ante toda posibilidad espiritual, seguirla, remontarla hasta el origen de la vida y encontrar siempre este Yo que en otro tiempo muy remoto, igual que hoy, lloró, sufrió y anheló ser lago, cuya superficie reflejara sino un cielo muy puro, y en donde el silencio no lo podían alterar ni las aves, ni la lluvia, ni almas, ni ensueños perdidos, y mucho menos, amores olvidados.

LUISA MARTÍNEZ

# El vargueño





*¡Hazme daño! ¡Acaso a todos los seres puede presentárseles el placer cruel de poder destrozarse hora tras hora, día tras día, año tras año, un alma! ¿Quién puede decir que ha detenido el latido de un corazón o lo ha acelerado, de tal manera que a riesgo de romper el pecho que lo encerraba, lloraba y se retorció, deseoso de callar para siempre? ¿Acaso es tan fácil apagar un espíritu, arrebatarse las ilusiones, envejecerlo, despreciarlo, pisotearlo y que ese ser vejado vuelva a implorar la mirada que le ató?*

*¡Nunca me has querido, nunca te fui necesaria, nunca sentiste ternura para quien en realidad era tan débil!; ¡con sangre fría ahondaste la herida, la hiciste tan honda que me atravesaste el alma y ahora, no satisfecho con haberla alcanzado, con refinada saña te complaces en apretarla, en destrozarla lentamente hasta dejarme sola, sin vida!...*

*Nat*



Ayer, un matrimonio cubano, los Ribas, me invitaron a tomar el té en su casa. Viven por los alrededores de Chacao y muy complicadas fueron las señas que me dieron para llegar hasta allá. Tan complicadas fueron que Ribas decidió hacer un planito: se doblaba a la izquierda, después a la derecha y por último, cerca de un platanal, y frente a una extensión de terrenos sin construir, se doblaba una esquina y allí estaba la casa.

Sigo todas las indicaciones, pero la villa a donde llego está herméticamente cerrada; puertas y ventanas tienen un aire de abandono. No se percibía ruido, ni tampoco se veía luz.

“Esa no debe ser la casa” —pienso—, retrocedo en el automóvil, me revuelvo. El plano decía tan a las claras que esa y no otra era la casa, que retrocedo por segunda vez, y temiendo ya que hubiesen olvidado la invitación hecha decido irme, cuando asoma a la puerta de la casa vecina una mujer, cuyo aspecto pregonaba a gritos la clase media a la que pertenecía.

¿Es ahí —le pregunto y señalo la villa silenciosa— la casa de los Ribas?

—¡Sí!, ahí es. —Y con el rencor de su medianía que condena todo aquello ajeno a una existencia metodizada, me informa—: Viven encerrados. No tienen muebles y son bohemios.

En estos días leo para *Nos-Otras* muchos cuentos de crímenes, y créanmelo, la casa cerrada me inspiraba miedo; pero la crítica malévola me infunde precisamente el valor para bajar de mi asiento, y aunque me domina la renuencia de alejarme del ambiente sano del atardecer, alzo el aldabón de la puerta y... pero basta de preámbulos, voy a empezar el capítulo de la A.

## A

Abren la puerta y a mi encuentro viene la penumbra a recibirme y envuelta en ella, la dueña de la casa, escritora como yo, entregada a obras de filantropía abandonadas luego, cuando aceptó al que es hoy su marido, el escultor Guillermo Ribas.

Del vestíbulo pasamos al corredor, en donde me siento transportada a otros tiempos: las sillas góticas, en cuyo espaldar se ve pintado un escudo; el candelero alto, imitando en su decorado la ataujía de esmaltes y piedras preciosas ejecutadas por los artífices moros, una mesa de líneas sencillas, evocadora de una época medioeval y en el fondo de la estancia, un vargueño con esta leyenda en letras góticas: *Apura el vino de la vida mientras dure*; la luz completamente velada por pergaminos cubiertos de motivos también góticos; las paredes decoradas y ante esto, tan perfectamente íntimo y armonioso, me acuerdo de la frase malintencionada y rencorosa de la vecina: “Son bohemios y no tienen muebles”.

¡Ah!, vecina criticacona, si supieras que para un artista tiene mucho más valor el vargueño con su leyenda, que te impulsa a coger la vida y a apurar su vino a grandes sorbos hasta

embriagarte, que todos los muebles baratos, comprados por cuotas, que responden cada cual a un fin determinado: el colgador para los sombreros; el aparador para guardar la vajilla de gusto charro que solo usas los días de santo; la lámpara, con una bombilla muy potente encima de la mesa del comedor, para ver bien lo que comes.

En la casa de los Ribas la comida no tiene esa importancia trágica; más importante es contemplar las sombras fugitivas creadas por la llama vacilante del cirio, y más lo es aún el consejo de la leyenda que te incita a olvidar un poco tu itinerario rutinario de todos los días.

¡Confieso que sentí desconcierto cuando vi la mesa servida para el té! ¡Las seis y media, y la invitación era para las cinco!

De una habitación vecina se oyen voces que al principio no reconozco, mas luego vienen Ribas y Vicenta Campos, escritora, que acaba de publicar una novela muy alabada por algunos críticos y acerbamente criticada por otros; mas para Vicenta, ello es acicate; sus cabellos negros, rebeldes, y su mirar indómito dicen a las claras que no la arredra el comentario. Contestó a la crítica enconada con bríos y altivez; no huyó de la controversia; la retó, más bien.

Joven, esbelta, da la impresión de una savia fuerte dispuesta a entregarse, toda impaciencia, por vivir su vida.

“Vivir su vida”, frase habitual que asoma continuamente a sus labios.

¿Qué llamará Vicenta “vivir su vida” en nuestra provinciana Caracas? ¿Casarse? ¿Tener hijos?

Para una mujer sincera, “vivir su vida” es entregarse a un gran amor.

En Caracas, todo un ritual de Concejo Municipal, de iglesia, de traje de boda, de regalos, acompaña el don que una mujer hace de sí misma; y ya roto el ensueño de la virgen, su vida se desliza monótona en la diaria servidumbre, que ya no es amor sino deber.

¿Soñar y soñar qué?, a menos que cuando menos se espere una pasión avasalladora que acalle prejuicios y conveniencias; mas para eso está Caracas con sus rancias costumbres, que detiene el impulso y esparce las brasas, hasta convertirlas en cenizas.

*Apura el vino de la vida mientras dure.*

No, Vicenta, el vino solo puede tomarse en un vaso transparente de vidrio y si acaso, de cristal tallado.

En el cáliz de piedras preciosas que guarda, si se escancia, la hez, en él le está vedado tomar a las mujeres buenas...

Y tras de ella, como si dijéramos el eco de Vicenta, llega también la que es la heroína a medias de este ensayo de novela; la del andar vacilante y las crenchas rojizas. Toda la vida concentrada en los ojos exageradamente abiertos.

Chiquilla que conocí en otros tiempos, locuaz y vivarachita, y que ahora guarda, hecha añicos, su enorme inquietud de vida.

¡Pura coincidencia en la mañana! Después de varios años sin volvernos a ver, me hallé con ella y charlamos largo rato, y este mismo día, en la tarde, cuando menos me lo espero —pues vive encerrada en su casa, obsesionada por el recuerdo—, paso la tarde con ella y me siento el eslabón que, un instante, retiene dos vidas separadas para siempre.



## B

Ella se llama Berta Regina, pero la llaman Regina, un nombre muy difícil de llevar, evocador de realeza y de mando y que contrasta con su doliente actitud.

Trascurridos los primeros instantes, pasamos a otra habitación. Ahí sí tenía razón la vecina: por único lujo, las paredes tapizadas de púrpura, y como perdido en la sombra, un solo y enorme diván.

La penumbra incita al amor, a un amor de esos que Caracas, inexorable, pisotea.

¡Ah!, *los Ribas viven encerrados y no tienen muebles.*

¿Para qué más muebles si cuando vuelven a la casa les falta tiempo para amarse?

Los muebles y enseres son la compensación de los que no están saciados de amor. Para engañarse los unos a los otros, compran objetos y cuadros, coleccionan antigüedades y así defraudan la espera o se hacen perdonar el fracaso.

Y Regina se recuesta en el diván y su cabeza se apoya en el hombro de Vicenta. Parece que la fragilidad de aquella se pierde en la fuerza de esta.

Hablamos de la contestación de Vicenta a la crítica enconada:

—Deme su opinión sincera —me dice.

—¿Con qué derecho me pide sinceridad? La sinceridad en Venezuela es algo que raras veces se otorga.

—¡Que antipática! —me interrumpe juguetona—. Todo el mundo tiene derecho a pedir sinceridad.

—Pero todo el mundo tiene derecho a disfrazarla.

—¿Por qué no me la ha de dar?

—Porque cuando se exige es porque una contestaría en igual forma.

—Entonces, démela.

Sé demasiado que ella en realidad no me la daría, o instintivamente temo que, si le pido a mi turno sinceridad, aprovecharía para decirme verdades amargas que no quiero oír; sin embargo, se la doy atenuando la crudeza de mi opinión.

Regina evoca la casona donde viví tantos años.

—Cuando era chiquilla —cuenta—, por el portón siempre abierto (pues la casona y sus dueños, solo tenían el lujo de las arcadas y de las enredaderas que florecían, escondiendo así los descalabros del tiempo), ella solía penetrar y pasear por los corredores en donde nunca se oía el retozo de los chicos.

El recuerdo de la casona me hace daño. Sus paredes estaban impregnadas del silencioso sufrir de los míos, que también en un tiempo anhelaron, como Vicenta, vivir su propia vida, anhelo que ahogó, celosa, la austera casa solariega.

—¡No!, la casona me robó alegría a cambio de su acogida; despojaba de consuelo a los que venían a cobijarse bajo su amparo. En sus aposentos, a cierta hora de la tarde, se sentía

palpitar, si se prestaba atento el oído, el dolor mudo de los que, por sostener la tradición, sacrificaron juventud y belleza.

... Aún resuena en mis oídos la voz monótona con que se reza a los agonizantes, acompasando el estertor cada vez más lento, más tarde, de una que pasó por la vida prisionera de la casona, dejando tras de sí una estela fugitiva y anónima de deberes cumplidos.



—¿Así hablabas?

—¿Por qué no? *En un ambiente ajeno a la realidad de todos los días, en la penumbra que hacía destacar la mancha blanca de los rostros, en donde solo había escritores, poetas y artistas, bien puede dejarse suelta la fantasía.*

Regina, de repente, anuncia:

—Me siento mal. Me voy.

La miro, interrogándola.

—Sí, no sabes, tengo doce años enferma.

—Pero la enfermedad se cura. Cuando esta es del espíritu solo hay un remedio: olvidarse de sí misma.

Hago un cálculo mental y recuerdo que hace doce años que ella murió.

—¡Sacúdete! —le digo—. ¡Sacrificate por los tuyos!

Ella sonríe: eso a primera vista parece tan fácil y nos resulta tan difícil...

—*Esos capítulos que llamas A y B, ¿en dónde está la A en el primero?*

—*Perdí mi tiempo si no lo ves. Me leí todas las palabras en A del diccionario y viéndome en la imposibilidad de escribir un capítulo con palabras que empiecen por A, preferí escoger como leitmotiv: Apura el vino de la vida mientras dure.*

—*¿Y el capítulo de la B?*

—*¡Ah! El de la B es Berta Regina. Ahora viene el de la C. Ya explicado el procedimiento, te ruego veas si puedes hallar el motivo de cada capítulo.*



## C

Día de conferencia en la Asociación Cristiano-Venezolana de Mujeres Trabajadoras.

En una guía de teléfonos se halla la dirección de cien médicos. A todos se les envía una invitación, pues el tema trataba de medicina; de estos, solo concurren dos de nuestros más eminentes.

Es horrible la incuria tropical que ahoga el esfuerzo bajo la aplastante indiferencia. De trescientas socias, asisten quince; las demás son amigas del conferenciante.

El tema árido, pero lleno de interés. Las palabras caían en el ánimo de los oyentes como flores secas, cuyo cáliz no encierra semillas.

Inútil el empeño; inútil el buen deseo. Razón tuvo mi heroína, la que murió hace doce años.

El Doctor H. y su señora asisten a la conferencia. Terminada esta recorremos el local, y charlando de una cosa, ya de otra, con motivo de un cuento que escribí sobre leprosos, recuerda el Doctor H. a un lázaro de aquellos que evoca la Edad Media.

Viene desde la frontera de Colombia, por los caminos, con dolor a cuestas, en busca de un refugio. De todos lados lo rechazan. Como el judío errante sigue siempre, acosado por el asco, huyendo de la crueldad de los hombres, que en este caso es instinto de conservación.

El Doctor H., con frases lacónicas, aunque rítmicas, sugiere la visión del paria que va hacia Caracas, a pie, con la tenacidad del que anhela vivir. Ora asciende jadeante los Andes, ora atraviesa el Páramo. Siempre adelante, bajo el sol abrasador de los Llanos o bajo la lluvia que lava el polvo del camino, cala los harapos y delinea deformidades que ellos esconden hasta convertir al hombre en una estatua animada, escapada de algún taller, mientras la modelaba un escultor obsesionado de realidades grotescas.

Ciego por la lepra, el caminante sigue, guiado por una mujer. Ella se cree enferma también y desea estarlo, pues es tan grande su desventura, que la idea de hallar un refugio en la casa de los lázaros, le da fuerzas para llevar a cabo su triste misión de Cirineo.

“Es increíble —comenta el Doctor H.— que esa mujer sueñe en ingresar en la Casa de los Tristes porque allí tendrá para siempre, hasta que muera, casa y comida.

”Casa y comida —recalca el Doctor H.—; pero la examiné y me vi en la cruel necesidad de decirle que el fardo de soledad que traía a cuestas no podía abandonarlo en aquel umbral.

\*

Regina asistió a la conferencia. Si hubiera escuchado Regina al Doctor H., quizá habría pensado que el recuerdo de la muerte no es nada comparado con el dolor de los vivos.

—... Y luego, cuando mejore de su estropeo, habrá que volverla a mandar a los Andes.

... Con el pensamiento seguí a la mujer, rehaciendo el camino, paso entre paso, con el lento peregrinar del que se sabe solo...

¡El camino!... último refugio de los desamparados.



## D

Dulce era, aunque así no la bautizaron.

Las hermanas solteronas tenían adoración en la chiquitina y colmaron su infancia de dulzura.

En un ambiente de amor solo puede devolverse amor; ninguna aspereza endureció su carácter. Era suave y tierna, y su aya la llamaba Nat, la dulce.

¡Qué bueno es ser dulce y qué malo es ser dulce!

La dulzura del que amamos es cielo sobre la tierra, pero la dulzura del que ama es su inevitable fracaso.

Para que un alma dulce nos ame es necesario ser imperioso y cruel y duro; inflexible y egoísta; con violencias repentinas y extrañas debilidades; con generosidades inesperadas y cobardías inexplicables.

Así y nada más son los seres a quienes las almas dulces se entregan.

¡Y Nat era toda ternura y toda suavidad!



## E

Una mañana en un baratillo, en donde suele comprarse lo que no se aceptaría ni regalado, si no fuera por la idea fija de una economía que en la realidad no existe, escuché a mi lado el siguiente diálogo:

—Anoche nos divertimos extraordinariamente.

—¿Cómo?

—Estábamos en el teatro, las Benguechea, nosotros, las Villarroel.

No tenía nada de particular la noticia si no hubiera sido por una nota de triunfo, de satisfacción, que se percibía cuando oí nombrar los Villarroel.

En aquel entonces no soñaba en ser periodista; mas siempre ha retenido mi atención, rebelde a fijarse en detalles corrientes, aquello que se sale de lo ordinario, y la frase banal habría pasado desapercibida y quien la pronunció mucho más, si el tono no hubiera indicado una completa realización de anhelo.

La dueña de la frase no tenía aspecto de nueva rica que al fin se codea con las mejores familias; tampoco era una colegiala, feliz porque fue al teatro. Más bien, su aspecto velaba

cuarenta años o más. Desentonaba el acento juvenil y vibrante con el personaje.

Luego, otro día, mientras le decía adiós a alguien en la puerta de mi casa, dos frases sueltas llegaron hasta mí:

—Cuando te vas, a pesar de estar con los míos, me siento sola...

Una risa masculina, satisfecha, se oyó:

—Así es como debes quererme: hasta el caos de la Eternidad.

Volví la cabeza y pasaron a mi lado un Villarroel y Nat, entonces una niña de dieciséis años.

Iban a prisa, impulsados por el íntimo goce de amarse, y en medio de la calle, tan concurrida, los aislaba su ensimismamiento, de tal manera que parecían estar solos.

Atrás venía, pero a mucha distancia, la señora cuyo diálogo sorprendí en aquel baratillo. La acompañaba un mozalbete, su hijo. La oí decir en un tono de impaciencia:

—¡Van muy lejos! ¡La gente dirá que van solos! ¡Llámalos!

El joven dio un silbido peculiar; ellos detuvieron la marcha; voltearon.

—Van demasiado a prisa —gritó él—; más despacio, que mamá no puede seguirlos.

¡Van muy lejos! ¡Sí!, hacia el caos.

Cuidado Francisco Villarroel, si tu afán es hacer reinar el caos en esa alma.

Luego te perseguirá para siempre, hasta esa eternidad a donde la quieres llevar, el reproche sin término de su dolor.

## F

Francisco Villarroel tuvo una infancia amargada por ocho hermanos mayores que se entretenían mofándose de su flacura. Todos los demás miembros de la familia eran altos, bien formados; él sobresalía entre ellos por lo desgarbado de sus movimientos y por su rostro de rasgos demasiado acentuados, guapo, a pesar de su flacura, era Francisco, pero ¡qué vida tan insufrible! Delante de los compañeros de sus mayores, el chico habría deseado que un poder mágico lo hiciera invisible. El chiste malévol, espiritual, a expensas suyas, era distracción fácil y económica, y sus hermanos abusaban de este recurso para recreo de extraños.

En perfecto desacuerdo los padres, por considerar excesiva la debilidad de la una para con los hijos e “increíble la indiferencia del otro”, comentaba la mujer. Ninguno, por este motivo, se preocupó por endulzarle la vida a Francisco, que sentía despertar en su alma odio hacia los suyos y una insaciable sed de desquite.

Francisco se hizo hombre, guapetón y hasta fornido. Alcanzó honores en la Academia Militar; se singularizó por

inteligente. Entre sus compañeros, logró gran ascendiente con teorías conseguidas en libros de filósofos y aplicadas luego para excusar sus desaciertos.

Ya en su casa empezaban a tomarle en cuenta. Una bofetada aplicada a tiempo y el prestigio del uniforme, que le sentaba a la perfección, cambió su situación de niño ridiculizado a personaje casi importante.

Las hermanas, que antes no le tomaban en cuenta, ahora le adulaban para que él las acompañara; y él, después de hacerse mucho de rogar, las complacía. Eso sí, en cuanto llegaba a las fiestas, apuraba varios *cocktails*, para sentir confianza en sí mismo y creerse irresistible, subyugador.

\*

Es tradicional un baile cuando la niña mimada de la casa cumple los quince años; la presentación de la que luego será “la señorita bien”.

Los padres de Nat siguieron la costumbre y la casa, una tarde, se llenó de flores, de música y de gente joven.

Entre esta se hallaba Francisco, con su sed de desquite y sus triunfos con las chicas de los arrabales.

Había aprendido a decir los piropos que gustan a las mujeres y también sabía asombrarlas con opiniones ultramodernas y frases exóticas de hombre sin principio.

Y por ley natural, los extremos se tocan. Francisco se acercó a Nat y gustó en ella la candidez de su mirada; y Nat, a su vez, que solo había escuchado comentar la vida de sor Teresita

y temas por el estilo, oyó hablar, por primera vez, de la magia de un beso, de pasiones que enloquecen y arrastran, y de la despedida romántica de aquella chica ¡que cometió suicidio por él, por Francisco!

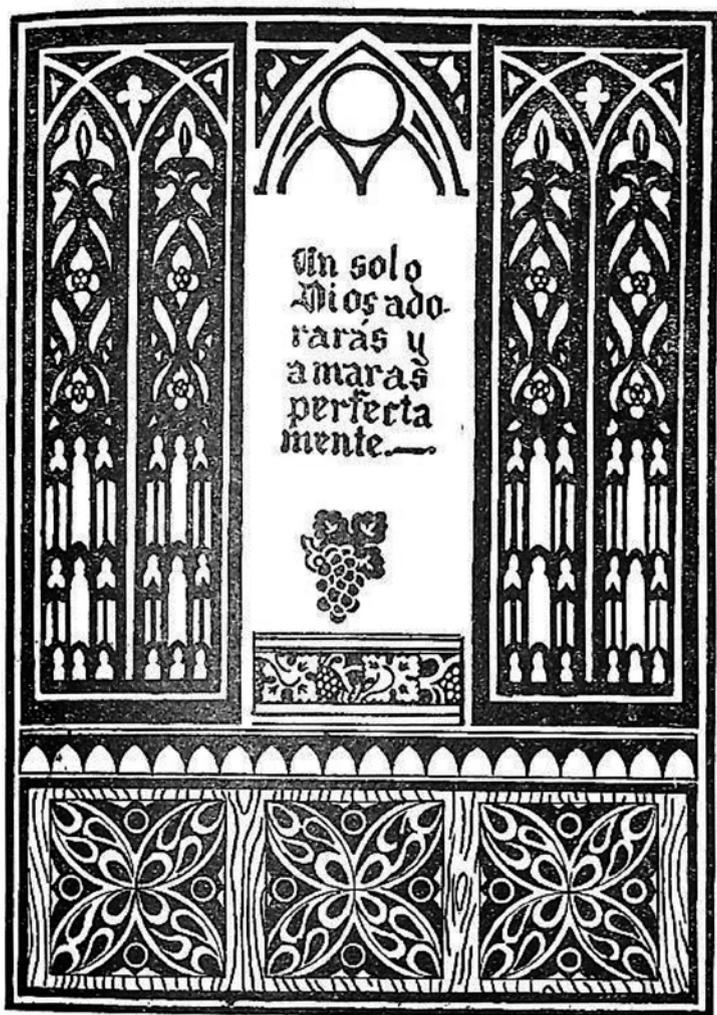
Siguió el clásico noviazgo, con débil oposición del padre y completo asentimiento de la madre de Nat, satisfechísima porque su hija, desde su primer baile, había encontrado novio. ¡Y qué novio!, el más guapo de los oficiales, cuyas espuelas resonaban, cuando se cuadraba para saludar, con exagerada inclinación, a todas las hermanas solteronas de Nat.

\*

Mientras Francisco esperaba el prometido ascenso que le permitiría casarse, con el fin de que Nat fuese su digna compañera, destruyó en ella, con lecturas, el respeto a las “cosas anticuadas” y borró toda noción que no fuera enseñada por él... Y buena discípula fue Nat, quien, apoyándose en teorías mal entendidas de Nietzsche, decidió utilizar para sus fines y comodidad propia todo cuanto la rodeaba.

Luego que su alma se convirtió en un desierto, Francisco, cual un nuevo rey Salomón, construyó en él su templo; se erigió en dios y le dijo: “No tendrás otro dios más que a mí”; y Nat, única creyente de ese dios, se ofreció en oblación; se prosternó y adoró.





Un solo  
Dios ado-  
rarás y  
amarás  
perfecta-  
mente.



## G

Dicen que desde el puente del Guanábano se lanzó una mujer al barranco.

Quedó con el rostro destrozado.

Al cabo de unas horas, murió sin pronunciar palabra, ni decir el porqué de su fatal determinación.

En el mismo hospital expusieron a la muerta; delante del cadáver pasaron muchos indiferentes atraídos por una mórbida curiosidad.

Nadie supo decir quién era; apenas un mechón de cabellos rubios, como un mentís al dolor, no estaba manchado de sangre y de lodo.

Si alguien, en un hogar desierto, la echó de menos, no se atrevió a reclamar como suya la masa sanguinolenta y deforme que yacía sobre la mesa de los muertos.

Los médicos diagnosticaron ruptura del cráneo...

Yo habría dicho: “cansancio de vivir”.

De eso también mueren los seres cuando están solos, si en sus almas reina el caos de la Eternidad, o también, ¿por

qué no?, cuando van por los caminos azuzados por el hambre y huyendo de la caridad de los hombres.

## H

En Caracas existe la manía de pedir prestado los libros; recorren estos las casas y cuando menos lo espera una, se escucha a alguien decir: “Te voy a prestar tal obra”. El título nos es remotamente familiar; recordamos vagamente que allá, en los tiempos miles, poseíamos un volumen llamado así, y de esta manera recuperamos a veces nuestro libro, que no sentimos ya nuestro, porque fue de todos.

En otras ocasiones, si somos bibliómanos y recorremos las chiveras, entre muchos libros que hojeamos, tropezamos con nuestro nombre escrito con la ingenuidad del que compra libros por primera vez. Luego, ya sabiendo que el nombre no es obstáculo para que el libro siga su efímera estada de casa en casa, apenas si estampamos las iniciales o lo dejamos sin dueño, para que su contenido sea pasto de todas las curiosidades.

Así, de este modo, llegó a mis manos un libro de Francisco Villarroel, y entre sus hojas, que la oprimían con estrecho abrazo, hallé una carta de amor.

*Qué bueno aquel domingo; semejaba, en su quietud, un domingo inglés. Las horas se devanaban lentamente y cada una tuvo un hechizo distinto: una fue tan serena y callada; la otra, tan apacible, que tu alma inquieta se adormeció en la mía...*

*... Luego otras horas divinas tuve a tu lado; muy cerca de ti te escuchaba leer; tu mano aprisionaba la mía y yo la sentía estremecerse y a veces me acariciaba. ¡Oh!, cómo tus dedos largos y crueles me eran suaves.*

*... Tu mano, que al estrechar la mía me hace tan tuya.*

*Nat*

El libro que guarda el recuento de unas horas de amor, es un libro serio de Gustave Le Bon y su contenido es un reto a la razón pura. Muchas veces me he preguntado, y aún no he hallado contestación ni siquiera interrogándome a mí misma, ¿con qué parte del alma se ama? ¿Qué fuerza ignota surge desde lo más recóndito del ser, y poseída del anhelo de destruir, anula la voluntad, tuerce el entendimiento, enloquece la memoria; potencias que se vuelven peles sin resortes de un todo que fue y ya no es?

# I

Me acuerdo de Rimbaud que daba un determinado color a las vocales:

*A, noir;*  
*E, blanc;*  
*I, rouge;*  
*U, vert;*  
*O, bleu.*

Vibra el sonido y vibran los colores.

—En realidad, todo es vibración; así cuando te digo *mía*, “algo negro como el abismo y algo de púrpura como sangre que brota de los labios en cólera o de embriagueces arrepentidas vibra en el espacio”.

Eso le decía Francisco a Nat.

Se me olvidó decirles que Francisco era medio poeta y tenía la voz cálida, de inflexiones suaves, que hacían estremecer a Nat, vibrante como un instrumento. (Ella no sabía que Francisco plagiaba al poeta loco).

Durante el noviazgo, Regina y Nat se conocieron.

Regina se entregó a la admiración. Admiraba a Nat... admiraba a Francisco...

Y desde entonces, por las calles y los espectáculos, se veía a Francisco y a Nat y a Regina ¡inseparables!

El destino hiló las tres hebras juntas... Luego la muerte, aprovechando un instante de descuido, rompió una, deshinchó la otra y cercenó la tercera.

Nunca más han de acercarse las dos hebras que cuelgan, inertes, en el vacío; las separa Nat. Desaparecida aquella, estas se repelen y cada una gira alrededor de otro centro, impulsada por el loco torbellino de la desesperanza.

*I, roja como sangre que brota de la herida mortal.*

\*

La sangre corre, mancha los cabellos negros de la muerta; se derrama a borbotones, con un gorgoteo de liberación; mas esta vez es el corazón quien abrió la compuerta y hace correr el río hasta dejar exhausta la víscera.

*Y, roja.*

*Mí-a sangre y luto.*

Francisco la llamaba mía.

## J

Llega el santo de Francisco.

Muchos meses antes, Nat había pensado qué podría regalarle y mandó a hacer con un enorme topacio una sortija.

La joya resultó estrambótica; Francisco, por lo mismo, la usó. Contrastaba con la severidad del uniforme, el extraño anillo que pregonaba a gritos el amor de una mujer:

*... de una mujer de alma estrambótica como la sortija.*

Ya Nat no era la chiquilla que ofrecía flores espirituales a los santos, cuando quería conseguir el permiso de su papá para ir a una fiesta.

*Cincuenta actos de amor,  
Cincuenta de humildad,  
Ochenta de paciencia,  
Cien de caridad.*

Arrastrada por su pasión, Nat olvida que los santos hacen milagros. (Ella no sabía, cuando era chica, ni lo supo después, que el milagro lo realizaba ella misma con su dulzura y bondad).

*Cincuenta actos de amor...*

En el alma de una niña, un acto de amor es un gesto puro de bondad.

... No así en los que apuran la copa de la vida. En estos, el amor es violencia y crueldad. Solo impera el deseo de arrancarse mutuamente el alma para luego jugar con ella, pisotearla y volverla inerte y callada.

Nunca el beso nace del impulso de curar la angustia que imprime la realidad creada por los hombres; ni asomada a los ojos, sabe ya acariciar tiernamente...

En las miradas solo hay la posesión imperiosa y los besos maceran los labios.

## L

Ascendieron a Francisco de teniente a capitán. Entusiasmado, decidió casarse.

El *trousseau* de Nat vino de París. ¡Lujoso! ¡Lujosísimo! Docenas de juegos de ropa interior con encajes de Bruselas y de *chautilly* legítimo, con bordados maravillosos sobre la seda de tonos pálidos. ¡Y el ajuar de novia! Todo Caracas femenino desfiló ante él, en una admiración extática, comparando, interiormente, con el propio las casadas, y haciendo cálculos mentales para lucir uno parecido las solteras. A más de una se le escapó un suspiro involuntario, pues, según mis observaciones, he comprobado que lo vitalmente importante para la novia y su familia, en la primera noche de bodas, es la regia camisa blanca. La entrega de sí misma, la incógnita del futuro, el temor de fracasar en la vida conyugal, todo esto se aparta de la mente... y hacen bien las novias vírgenes, porque si lo pensarán quizá pocas se casarían.

Nuestras costumbres occidentales son más bárbaras que las antiguas.

Embriagan al hombre que se desposa; ahogan en brindis su alma y lo dejan convertido en una bestia que obedece tan solo a su instinto; así, abotagado por el alcohol, embrutecido, se lleva como botín de guerra a la virgen, y sin escrúpulos, la viola en un frenesí de lujuria.

¡Cuántas noches de boda soñadas con íntimo anhelo reverente, se convierten en una orgía de lascivia inconsciente!

... Y como ya en Caracas se murmuraba de la demasiada intimidad de Francisco, de Nat y de Regina, de soslayo las amigas observaban a Regina, queriendo sorprender en ella un gesto de amargura o de celos.

Mas Regina estaba feliz y gozaba viendo la admiración envidiosa suscitada por el lujo derrochado en el *trousseau* de su amiga.

## M

El regalo de bodas en Venezuela es típico. Se casan dos y a esta fiesta, que debería ser íntima, invitan a “todo Caracas”. “¿Y por qué me invitan?”, se preguntan muchos. Nada, que se tiene la obligación de enviar el regalo de bodas. Si el invitado es generoso, sabe que con la misma cantidad gastada en un ramo puede comprar una cosa útil y bonita, y aunque echa pestes, se va a los almacenes y escoge. Muy a menudo el gusto es anticuado o sencillamente malo.

Llega el regalo a la casa de la novia, quien lo clasifica cuando lo ve: “me será útil”; “me lo guarda mamá” o “me sirve para un regalo”. En el primer caso, al día siguiente, manda por él. En el segundo, la madre lo guarda en un enorme armario, y en el tercero, también se guarda, pero con la cinta y la tarjeta para no regalarlo de nuevo a un pariente de quien lo envió.

A este regalo desafortunado le sucede lo mismo que a los libros. Va de casa en casa, con lazo nuevo, si la cinta que tenía está descolorida, y así recorre las fiestas, beneficiando tan solo, con la obligatoria propina, a quien lo lleva. ¡Claro!, las casas a donde llega son cada vez más humildes, pues entre

las contradicciones está el darle a la novia pobre un regalo feo y barato y a la novia rica, que todo lo tiene, el más bonito y costoso objeto, que por ser bonito y costoso se ve repetido cinco, diez o quince veces en la estancia destinada a la exhibición de los regalos.

\*

Francisco y Nat se casaron. Se celebró la boda con toda la pompa de grandes familias. Asistieron señores respetables: damas de cabellos blancos y aire de marquesas. Por última vez, como para despedir a la pareja ultramoderna, se congregaron los representantes de las costumbres viejas y las cosas idas. Y Nat sentía, a pesar de su amor por Francisco, cierta pesadumbre, porque sabía que nunca más respiraría ese ambiente de ceremoniosa y altiva etiqueta.

## N

Los novios hicieron como era de esperarse. Se suprimió el viaje de bodas y mucha razón tuvieron, pues es muy desagradable la exhibición amorosa en hoteles y balnearios; a menos que el ir a esos lugares sea precisamente el deseo de exhibirse. Encerrados en su casa, ninguno de los familiares se atrevió a visitarlos durante muchos, muchos, días.

El comienzo de esas dos vidas no pudo ser más burgués. En apariencia nunca hubo la menor nube. Parecían muy unidos; iban siempre a todos lados juntos y hasta llegaron a citarlos como modelo de casados.

La vida, desgraciadamente, no se fragua con grandes acontecimientos ni horrendas tragedias, sino de incidentes insignificantes que repercuten hondamente en la vida de los seres.

Nat, intuitiva, se dio cuenta de que sus gestos y su interés por miles de nimiedades desagradaban a Francisco. Duras e indiferentes se hacían sus respuestas; y sus silencios, llenos de crítica, dominaban el ambiente. Nat se sentía impotente para vencer esa hostilidad y cada día se volvía más encogida y más callada. Su charla de niña mimada cesó y a medida que

los meses pasaban, se acentuaba el mutismo asustado que la envolvía, dando la impresión de un animal perseguido, cuya actitud humilde crispaba los nervios de Francisco.

Lo extraño y absurdo era que, a pesar de todo, él la quería. Salía, huyendo del ambiente que él mismo creaba, y al poco rato se decía: “¡Pobre Nat!, me quiere tanto; está sola”. Mas si por casualidad la llamaba por teléfono y este se hallaba ocupado:

—¿Con quién hablabas? —preguntaba ásperamente cuando llegaba.

—Con mamá —era la respuesta asustada.

—Y luego hablarás con tu prima y después con tu abuela y con tus tíos. No tienes más oficio que hablar por teléfono. ¡Uy!, me casé con una telefonista.

Y ya despierto su instinto de hacer daño, le reprochaba lo mal dispuesta que estaba la comida porque no tenía qué comer.

—Pero si ayer me dijiste que derrochaba, pues había cuatro platos —murmuraba, temerosa, Nat.

—¡Claro!, yo quedé satisfecho con el primero. ¿Pero a quién se le ocurre poner gallina y pescado y chuletas, todo en una misma comida?

Seguía el aluvión de palabras amargas y los regaños: ya porque el libro no estaba en el brazo del sillón donde lo había dejado o porque había una mosca posada sobre un espejo. ¡Oh, infierno nunca soñado!

¡Pobre Nat! Escuchaba callada el torrente de frases irónicas, preguntándose si eso era realmente el matrimonio y si era el mismo Francisco de su noviazgo. Se llenaban sus ojos de lágrimas, única cosa que esperaba él para hacer las paces

y besarla; mas al poco rato, un gesto o un detalle volvía a crisparle los nervios, y hosco y callado se volvía. Nat, humillada en su ternura, sin más explicaciones, enmudecía; apoyaba la frente en el vidrio de la ventana y se quedaba horas enteras mirando a los que pasaban por la calle, reídos unos, despreocupados otros, indiferentes muchos; ninguno preso, como ella, en la red invisible de unos nervios de neurótico. ¡Cuánto la hacía sufrir Francisco! ¡Cuánto la torturaba! La amaba sin amarla, la odiaba sin odiarla, la despreciaba sin despreciarla.

—¡Qué dulce es dormir! —exclamaba ella— ¡Qué dulce es el sueño que no se acaba!

Y en la noche, cuando no podía ver sus gestos ni escuchar su silencio tan lleno de reproches, Francisco la estrechaba en sus brazos, le murmuraba palabras de amor, hasta que ella, rendida, se dormía sobre su pecho.

Una tarde, después de una escena de celos y de recriminaciones inútiles, Regina, que sabía los días cuando Francisco estaba de guardia en el cuartel, llegó a la casa de Nat.

La encontró palidísima y reconcentrada en sí misma, con una alegría forzada que indicaba el deseo de una reserva absoluta.

Con habilidad muy femenina, Nat evitaba hablar de sí misma ni de Francisco, y eso llamó la atención de Regina, porque si se escucha hablar a los recién casados, dicen, por lo menos cien veces en un cuarto de hora: “Nosotros hicimos... Nosotros fuimos... Nosotros pensamos”...

Ya para despedirse, Regina, en quien ardía la curiosidad, interrogó:

—¿Eres feliz?

Nat evadió la pregunta:

—¿Qué recién casada no es feliz? Francisco me quiere mucho.

Regina se alejó, preocupada por la palidez de Nat, por su risa nerviosa. Decidió no ir más a casa de los Villarroel. Pero el cariño que les tenía, más fuerte que su propósito, la hizo volver; y como halló buena la acogida, tanto de Francisco como de Nat, insensiblemente, se reanudó la intimidad, para entretenimiento de lenguas desocupadas.

“¡Francisco me quiere mucho!”.

Buena manera tenía Francisco de quererla; sabía hacerla llorar y sabía consolarla tan a prisa.

*Nat siempre perdonaba.*

... Y Regina, testigo de esa farsa de amor, sentía odio por Francisco; y Nat, que presentía ese odio, le repetía en toda ocasión:

—Calla, no digas nada, que mamá no se entere.

## O

Odio que podría trocarse en amor, en sumisión rendida o que podría llegar hasta matar.

Francisco estaba en su elemento. Dos almas se estremecían a su contacto, una embargada por el amor y la piedad; la otra, por el odio y la aversión, y él, dueño de ambas.

Un odio que ama y se entrega, y que si se entrega, desea matar...

En cada beso se cierne la amenaza de la muerte, en medio del acicate de la traición.

Cuántas posibilidades se esbozaban en el espíritu cínico y tortuoso de Francisco.



## P

¡Ah!, toda la fiebre del pecado concentrada en sus ojos, tan tristes que se dejaban besar... que amaban hondamente y perdonaban la mácula moral presentida en el ser amado. Cada beso era una herida incurable... Es su vida misma que huye, y a pesar de saber que ese amor la destroza, ella, por lástima, se entrega...

... Piedad que para otra alma implicaría redención y para ella, vergüenza.

¿Por qué te dejaste manchar así, Nat, tú que tienes la mirada limpia?



## R

Francisco, ávido de sensaciones, había hecho de Nat su dócil instrumento y experimentó en ella todo cuanto su imaginación enfermiza le sugería.

Mas un día, Nat vio que su Dios se moría. Con mayor frecuencia, Francisco recurría a los estimulantes, y horrorizada por el temor de hallarse sola, sin Dios y sin creencias, empezó a luchar con desesperación de fanática.

¡Pobre mujer de las manos suaves y del alma rota! Ni el llanto ni las quejas podían impedir el avance del mal. Ya Francisco, en todo su aspecto, acusaba los excesos de su vida, y los ojos de Nat se veían más grandes a causa de las noches de insomnio.

Sola, aislada por ese amor estéril de ternura, Nat sentía ya que Francisco, con sus mezquindades y su sensualismo, convertía en ruinas el templo donde oficiaba de Dios...

Y por no ver más aquel derrumbamiento y sentir árida su alma, una tarde, cuando él no se hallaba en la casa, Nat se fue para no volver.



## S

Cuando una mujer tiene un solo Dios y ese Dios es un Dios humano, si fracasa ese Dios, es tan grande la desilusión que el alma, despechada, no hallando a qué acogerse, huye de sí misma enloquecida; se hunde en el escándalo o infinitamente cansada, se aleja para siempre.

Regina, esa tarde, fue a visitar a Nat y halló la casa desierta.

Recorrió los aposentos, vio un sobre colocado en un lugar visible en el escritorio de Francisco; sospechó la verdad y por sus mejillas corrió, lento, el llanto de la desesperanza.

Yo, que la encontré llorando, pues por casualidad entré, me pregunto, ¿qué la haría llorar tan calladamente lágrimas que parecían no tener fin? A pesar de mi curiosidad, no tuve el valor de esperar a Francisco y ver qué impresión recibiría con el abandono de Nat.

*Me despedí y la dejé envuelta en su soledad.*



## T

—¿Qué has sabido de Nat? —le preguntaban muchas veces a Francisco. Y aunque este nunca más recibió ni siquiera una línea escrita por Nat, contestaba invariablemente:

—Está bien. Acabo de recibir carta. —Y con un gesto naturalísimo, se llevaba la mano al bolsillo de la cartera como para leer algún párrafo y luego, simulando arrepentimiento, decía—: Ahora me acuerdo que la dejé en casa.

Su actitud no parecía la de un marido abandonado.

Nadie salvo Regina y yo sabíamos que Nat se había ido para siempre.

Ella, Nat, me lo dijo un día; un día, torturada hasta el infinito por Francisco, asqueada de sí misma, exasperada y al borde de la desesperación:

—No puedo; me iré, porque me enloquece hasta tal punto que puedo llegar hasta matarme...

*El terror de la muerte la hizo huir.*





Dile que  
sufro por  
que soy co-  
harde —



## U

*U, ¡verde!*

La rosa roja en el jarrón se deshojaba lentamente...

Con lentitud muy marcada, como quien arranca una entraña del pecho, así la rosa dejó caer un pétalo.

Simuló este, sobre el mantelillo blanco, una gota de sangre que manchaba la unidad blanca y apacible.

Otro cayó, menos vacilante que el anterior. Escuché la rosa quejarse: “¡Ay de mí!”, suspiró. “¡Ay de mí!”, repetía.

A cada brisa del aire, la rosa cedía al mantelillo algo de sí misma y pronto, sobre este se vieron extendidos ¡uno!, ¡dos!, ¡siete! pétalos rojos, replegados sobre sí mismos, adorablemente animados e inconstantes.

“¡Ay de mí!”, dijo la rosa. “¡Ay de mí!”, le contesté.

... Así fueron cayendo hasta que la rosa dejó el jarrón, que solo retuvo, prisionero, el tallo verde y las hojas marchitas.



## V

Muchos años pasaron. El tiempo, que atenúa el recuerdo y descolora la pasión, me hizo olvidar a Nat y todo cuanto se relacionaba con ella.

Fuimos para España.

Una tarde, cuando me disponía a salir, recibí la siguiente esquela, que un chiquillo me trajo:

*Visitar a los enfermos es una obra de misericordia.*

*Ven a verme y recordaremos el pasado.*

*Nat*

Nadie sino ella podía firmarse de este modo. Y como si el pasado fuera presente, todo el pasado surgió ante mí, se apoderó de mi alma y me obligó a revivirlo.

Nat era buena y me quería; bonita era también. Los chicos que jugaban con nosotros, olvidaban sus brusquedades y se volvían corteses para con ella.

Crecimos, y Nat, cortejada y atendida, no era la misma Nat. Mi respeto hacia ella fue grande (triste es decirlo, más

no apreciamos los seres sino por las demostraciones de afecto o de admiración que reciben de los demás), y con mi respeto llegó el aburrimiento, ambos sentimientos van juntos.

Luego su vida de casada me inspiró tanta lástima, pues yo conocía a Francisco desde chico y presentía las máculas de su alma, que otra vez me acerqué a ella y fui su amiga.

Pero desde que huyó de su hogar, hasta este momento, cuando su carta me volvía al pasado, nunca más había oído hablar de Nat.

Los años nos enseñan a darle precio a la ternura que se nos brinda; y Nat, la tierna, Nat, que a pesar de sus enfados de niña malcriada me quiso y me perdonó, tenía deseos de verme y estaba enferma.

Dejé a un lado la invitación de la tarde y sin más seguí al chico que se ofreció a servirme de guía.

Dejamos atrás los barrios pobres y feos de la ciudad...

... Si no fuera porque la historia que narro me hace tanto daño, me detendría ahora y describiría el aspecto pobre de aquellas viviendas: el olor desagradable a humo y suciedad que emanaba de las puertas entreabiertas; los rostros anémicos de los chicos semidesnudos; el estigma de las enfermedades que estos llevan impresos, creaciones todas de la miseria o de los vicios paternos. Podría decir los sentimientos que se despertaban en mí, el horror y el asco hacia la vida... Llevaba mi espíritu bien preparado para ver a Nat y darle toda mi simpatía. ¡Pobre Nat, suave y tierna!

Después de mucho andar, llegamos a una villa de aspecto descuidado.

Me detuve impulsivamente, casi me revuelvo; mas el chico pareció adivinar mi deseo y apresuradamente alzó el aldabón, que dio un toque lúgubre y seco, como un imperioso mandato exigiéndome que no me moviera.

Una vieja apareció —la señorita Luisa— y dije:

—¿Cómo me conoce usted? —pregunté sorprendida.

—Usted no ha cambiado, señorita. ¿No se acuerda de mí? Soy la nodriza de Nat.

¡Sí!, ¡era verdad! Nat tenía un aya que la quería con afecto de perro fiel.

—Pase —me dijo, y yo, temerosa, entré—. La señorita está dormida. Pase para su habitación. Pobrecilla, ya no es la sombra de sí misma. —Y gruesas lágrimas corrieron por las mejillas ajadas de la vieja.

—Si está dormida, no quiero despertarla. —Y huyendo del dolor que sentiría si veía a Nat enferma, pretexté el no querer perturbarla, para decir que volvería otro día.

—No —insistió la vieja—, todo el día no ha hecho sino llamarla y esperarla. E invocando el afecto y el pasado, me suplicó... ¡La quería tanto la señorita!

¡*La quería tanto la señorita!* Avara de afecto como soy, no quise perder este con mi indiferencia y me resigné a dejar que la visión de Nat, a quien los chicos cortejaban, se reemplazara por otra, que en el futuro evocaría a una Nat vencida que me llamaba en nombre de la caridad, pues si Nat se hubiera curado de su desencanto, me habría llamado en nombre del afecto que nos teníamos.

Entré en su aposento; las cortinas de las ventanas no dejaban penetrar la semiluz de la tarde. En la penumbra, apenas

se veía el lecho, y sobre el lecho, envuelta en su kimono, Nat reposaba. Las guedejas negras hacían marco a su rostro. “Qué lejos está Nat del mundo —pensé—, se ha dejado crecer los cabellos”.

Me senté a su lado. Contemplaba las enormes ojeras azuladas, los labios descoloridos, la contracción de la frente, el sobresalto nervioso, el gemido que de cuando en cuando se escapaba de su pecho, y una inmensa y toda poderosa lástima fluyó de mi ser hacia ella.

Cuán amarga es la vida que hacía que Nat se hallara sola, en tierra extraña, lejos de su patria y de los suyos.

No había empobrecido, bastaba ver las sortijas que en sus dedos lanzaban luces extrañas; bastaba ver las sábanas lujosísimas y pasear la vista por los mil chirimbolos y bibelots de raro valor para convencerse de que Nat no carecía de nada.

Nat seguía durmiendo, mas no por ello sentí aburrimiento. Examinaba su rostro y trataba de leer en cada arruga imperceptible la historia de los años transcurridos.

Intrigada por saber de qué mal sufría, empecé a examinar los frascos que estaban sobre el velador. Uno especialmente llamó mi atención; alcé la tapa y vi que tenía un polvo blanco, inodoro.

Sin darme cuenta, me fui de puntillas con el frasco en la mano en busca del aya.

—¿Qué es este polvo? —pregunté.

La mujer enrojeció y quiso arrebatarme el frasco.

—¡Qué descuido! —murmuró, y sin más explicación me dio la espalda.

La sujeté con mano imperiosa y con autoridad repetí mi pregunta:

—¿Qué contiene este frasco?

Vaciló un momento; luego, entre dientes, nombró uno de esos engañosos narcóticos que calman un momento el dolor. Esta vez, sin darme tiempo para retenerla, con actitud resuelta, se alejó.

Volví al lado de Nat. No era lástima el sentimiento que me dominaba, era indignación.

Duramente la sacudí.

—¡Nat! —le dije—. Nat, ¿para qué me has hecho venir?

Nat despertó y me miró.

—No olvides la carta —me dijo—; dásela. No la olvides.

Dormida o aletargada se quedó. Cumpliendo con su deseo, busqué en los cajones del ropero y del tocador, revolví cuanto había y ya me daba por vencida, cuando al fin hallé un bulto de escribir y dentro, un pliego escrito. Impulsada por la curiosidad de hallar el nombre de Francisco, pasé, rápida, la vista por sus páginas. Nat firmaba con el apodo que le habían dado cuando chiquilla.

La ternura volvió a hacer presa mi alma.

—Nat —le supliqué—, despierta y cuéntame. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Por qué estás así?

Y Nat, al fin, despertó, perfectamente consciente.

—¡Llegaste! ¡Qué feliz soy! —Con monomanía febril, me repitió—: La carta, no dejes de entregársela. Júrame que en sus propias manos.

—Pero Nat, si no va dirigida a nadie...

—¡Ah!, ese es un secreto que te diré, pero no ahora. Otro día. ¿Volverás?

—Sí, volveré.

Pasamos juntas la tarde, recordamos el pasado. El porqué de su determinación de vivir en tierra extraña, sola y enferma, lejos de su madre y de los suyos, nunca me dijo y yo no insistí en saberlo.

Volví muchas tardes; Nat me esperaba siempre. De sus noches de insomnio o de sus días tristes nada me contaba, pero como antaño, se olvidaba de sí misma, y mi espíritu inquieto hallaba un eco en el suyo. Éramos dos extrañas y a la vez dos amigas muy íntimas: éramos extrañas en el presente, unidas en el pasado.

Dejé de ir algunos días; mi conciencia me remordió mi abandono involuntario. Cuando volví, Nat estaba más pálida y más febril.

—Nat, perdóname, pero tenía algunas visitas que hacer; debí acompañar a mamá.

—¿Acaso no lo sé? —me contestó—. Todos los seres me dejan. —Y su voz tenía una finalidad absoluta.

Herida con el reproche, pasamos la tarde casi en silencio. Un silencio que elevaba barreras altísimas entre las dos. Cuando ya me disponía a irme, no me preguntó, como siempre solía hacerlo: “¿Volverás?”. Mas yo leí en su mirada la despedida y abrazándola con esa infinita lástima que me hacía su esclava, le dije:

—Volveré mañana y mientras me necesites.

Ella sonrió.

—Quiero que te lleves algo mío para que no olvides tu promesa. Escoge entre los anillos que están sobre el tocador; escoge el que más te guste o el que mejor te quede.

Me acerqué al mueble. Abandonados por su dueña, yacían iluminados por un rayo de sol el anillo de la esmeralda, y el anillo del zafiro, y el del rubí, y el brillante de los desposorios y muchos más. Nat, como siempre, amaba las joyas; en eso, únicamente, no había cambiado. Entre las sortijas vi una que tenía un azabache. El azabache escogí porque se me antojó que simbolizaba la vida sin brillo y atormentada de Nat.

—No olvides la carta —me recalcó.

—Pero si no me has dicho para quién es...

—¡No importa!, llévatela; mañana te contaré.



## X

Aquella noche, en la lejana ciudad de Castilla, el invierno era crudo y áspero.

Solo los que tienen mucho amor pueden hallar divino el contraste entre la frialdad que está de centinela en la puerta y el dulce calor que irradia de las miradas de los seres que nos aman.

A medida que el frío se hacía más intenso, se apaciguaban en el alma de Nat sus pocas ansias de vida...

Espesa caía la nieve, poblando la calle de blancas siluetas que semejaban nuevos y estilizados monumentos fúnebres... Y tan espesa era que la agitación febril que la ciudad crea para acallar el alma, se sentía acorralada, fuera de lugar, ajena al ambiente, hasta que, vencida por la nieve, desapareció y dejó puesto al silencio, que añora el pasado y halla el presente estéril y saciado el deseo de vivir.

*En su aposento, esa noche, Nat se mató.*

Por la abierta ventana penetró el frío que acecha a los tristes; con ímpetu de amante, con voracidad de fiera lasciva, el frío

se abalanzó sobre el cuerpo inerte, helando dos lágrimas que corrían por las mejillas enflaquecidas y exangües.

## Y

En Caracas, en un baile, alguien lanzó la noticia. En un intermedio, la nueva palpitante de actualidad, corrió.

*Nat se mató.*

—¿Quién?

—Nat.

—¡Sí!, se mató.

—¡La mataría Francisco!

—¡Qué ocurrencia, si Francisco está en Caracas!

—¡Mentira! ¡¿Hasta cuándo se ocupan de Nat?!

—¡Es verdad! De la legación de España le pusieron un cable a la familia. Lo sé de positivo.

Los músicos tocan los primeros acordes de una pieza. Nadie hace caso. La noticia sigue circulando por el patio y el corredor y la antesala y el salón.

*¡Nat se mató!*

—¿Quién se mató? —pregunta un mesonero a otro.

—¿No te acuerdas? Aquella en cuyo matrimonio muy rumboso estuvimos, hará unos años; el novio era ese teniente tan buenmozo.

El mesonero no recuerda.

—¡Sí, chico! —insiste el otro—. Hasta nos regalaron una cesta de champaña.

Al nombrar la cesta, se acuerda el desmemoriado.

\*

—¡Calla! ¡¡No hablemos más de esto!!

—¡Me hace daño!

—Sí, ¡pero se mató!

## Z

Corrían todos; el obrero abandonaba su trabajo, y la mujer, con el niño en los brazos, le seguía; el empleado olvidaba la hora de la oficina y también iba a toda prisa; y el chico que vende billetes de lotería y la chiquilla que ya debía estar en el colegio y los policías, todos en masa, se dirigían hacia una callejuela desierta del arrabal.

—¿Qué pasa? ¿Por qué corren así?

El impaciente no contesta, pero siempre entre las multitudes hay uno servicial o charlatán que da la información pedida.

Y yo, a mi vez, me uno a la multitud, y con ella, corro a ver a la mujer de las manos teñidas de sangre...

“¡Qué horror! —pienso—, si es ella, la que no puede olvidar”...

... Y llego al sitio en donde se halla...

—La conozco —exclamo—; dejadla conmigo.

Ella, a mi voz, no se mueve. Muda, absorta, contempla sus manos.

—Ven conmigo —le digo—.

Trato de arrastrarla lejos de la callejuela, mas no me escucha, ni me atiende.

A duras penas, la alejamos de ahí.

En su casa, con esmero, le lavé las manos y grande fue mi asombro cuando vi que, a pesar del cuidado que tuve, las manchas se hacían más rojas.

“Es un ácido”, deduje. Consulté con varios médicos y químicos, mas la ciencia y el interés nada pudieron. Las manos, maravillosamente blancas, guardaban el estigma de la sangre.

Y ella enmudeció para siempre; nunca se le oyó pronunciar una palabra. La veíamos morir lentamente, pero mi curiosidad era tan grande que, a riesgo de parecer criminal, quise a toda costa descubrir el misterio, y, cruel, un día encontré unos versos de D’Annunzio y suavemente a su oído los murmuré:

¡Oh!, manos de mujeres encontradas  
una vez en el sueño o en la vida;  
manos por la pasión enloquecidas,  
opresas una vez o desfloradas,  
o desfloradas con la boca, en el sueño o en la vida.

Un verso tras otro, mis labios susurraron... hasta que, estremeciéndose de pies a cabeza, en un anhelo por librarse del maleficio que la envolvía, habló desesperadamente con frases entrecortadas...

*Caminaba a prisa y en la oscuridad creciente vi, en la callejuela desierta, ¡una enorme mancha roja!... ¡una enorme mancha roja! ¡Oh, Dios mío! —exclamé—, ¿a quién han muerto?*

*Pero horror sentí cuando vi que la mancha se empequeñecía y, ¡extraña pesadilla!, se hinchaba, y era un corazón rojo y palpitante el que hallé tan solo en la callejuela...*

*Y el corazón empezó a quejarse y la pobre vocecilla rota habló lentamente:*

*—Tu ternura es infinita: me viste sufrir hora tras hora y ni un gesto tuyo vino a calmar mi pesar. Eres buena, bienamada; agobiado por el cansancio apenas podía moverme; mas ofendía con mi lasitud tus ojos y me buscaste querella. Admiro tu compasión; dulcemente te imploré una palabra tierna, y con sangre fría admirable me demostraste cuán ridículo era mi afán.*

*”Tu corazón, ¡oh!, ¡qué bondadoso es!... Fácil te fue hacer callar mis sollozos... Mirabas tus manos, bostezabas a veces y pronto comprendí que te aburrías supremamente.*

*”Adoro tu frente de virgen antigua; con ceño de preocupación buscabas la difícil solución de despedirme sin un gesto de piedad. Y sobre todo, amo tus manos; ¡maravillosas son!, saben acariciar a aquellas que poseen la fuerza o se dan a otras, llenas de poder o de riqueza.*

*”Tus manos largas, perfectas, ¡cuánto las odio!... Frías y crueles supieron arrancarme del pecho que me escondía, y teniéndome a distancia, palparon el latido, el estremecimiento de angustia y luego, indiferentes, me dejaron caer... Entonces, con tu sonrisa enigmática ves a los que pasan tropezarlo con los pies.*

*”Y yo, horrorizado de ti, de mí, que me dejo matar así, te miro ávidamente, largamente y te amo; te amo tanto que hay momentos que, cuando mi amor se cambia en odio, sueño con crueles torturas que te arranquen horribles gemidos de dolor...*

En la estancia, de nuevo, imperó el silencio... un silencio que ya nunca podría romperse...

La evocación fue tan vivida que me sentí transportada a la callejuela de arrabal y a mi vez, escuché el lamento sin fin.

Suavemente me incliné; con mis manos recogí la entraña doliente, quería adormecerla, endulzar la amargura que hacía latir con desesperadas contracciones el pobre guiñapo humano.

Pero si supieran la horrenda cosa que luego sucedió: por la herida abierta, la sangre se escapó y mis manos también se tiñeron de sangre... y ahora y siempre mis manos están manchadas.



UN MES DEL AÑO DE GRACIA DE 1932 O ACASO DE 1032

## EPÍLOGO

por MIRLA ALCIBÍADES

En 1932, Luisa Martínez (1895-1975) publicó *El vargueño*, su única novela conocida. Para las lectoras del presente, es de rigor señalar que esta palabra admite doble ortografía: bilabial o labiodental. La autora optó por la segunda. ¿Qué es un vargueño? Cito la acepción que nos interesa en este momento, en copia del *Diccionario* de la Real Academia Española: “Mueble de madera con muchos cajoncitos y gavetas, adornado con labores de talla”. De hecho, es la imagen que exorna la contratapa de la primera edición.

*El vargueño* ha merecido la atención reciente de Mariana Libertad Suárez, en un discurso que pueden descargar sin dificultad y que titula “Un ensayo identitario: aproximación a la novela *El vargueño* (1932), de Luisa Martínez López Méndez”. Sobre este particular, no puedo dejar de señalar que, al cotejar esa lectura con la mirada que ofrezco en las páginas que recorren, será fácil advertir qué dirección transita uno y otro abordaje.

Por lo que a mi acercamiento a esta novela concierne, debo acotar que desde el momento de su aparición hubo quien la afilió a la vanguardia literaria. El apoyo en esa caracterización

no era novedoso, pues desde 1925, cuando apareció *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre, el vocablo “vanguardia” adquirió carta de ciudadanía en nuestro país.

Pero es de lamentar que con el paso del tiempo esa filiación ha sido desestimada y, más todavía, hasta años recientes la presencia de esta autora en el panorama literario nacional era prácticamente inexistente. Tan ha llegado a ser la desestimación de Luisa Martínez y de su obra, que cuando se ha estudiado la vanguardia literaria en nuestro país esta pieza no aparece. Y, a pesar de lo dicho (de la negra noche que ha ocultado tanto a la novela como a su autora), las ciento treinta y una páginas que dan forma a la primera edición son para tomar en cuenta con caracteres más que relevantes.

Apenas abrimos el libro, leemos que la autora califica su propuesta estética de “ensayo de novela”. Que no nos desilusione esa caracterización de “ensayo”, pues pronto tendrán la certeza de que es una novela plenamente lograda. Quizás al definir en esos términos su obra, Luisa Martínez tenía la certeza de que no podía asimilarse a los pares que se generaban en el país durante esos años. Y era así. En realidad, *El vargueño* no tiene mayor filiación con la estética representada por *Doña Bárbara* o, pocos años más tarde, con *Las lanzas coloradas*. Pues debe destacarse en estas últimas páginas que traigo a colación, el enfoque regionalista y la preocupación histórica que permiten descifrarlas como evidente alegoría de la nación.

Por el contrario, en esta novela de 1932, veo un interés por la interioridad femenina, por el lugar asignado a mujeres de los sectores vinculados al trabajo intelectual. Es la nobleza del

dinero y del arte lo que destaca aquí. Y, en última instancia, es la imposibilidad de la realización amorosa heterosexual para las jóvenes cercanas a la voz narrativa: las venezolanas de la década de 1930, que pertenecían a los sectores con bienes de fortuna y con tránsito en el mundo de las letras.

Pues todavía no he acotado que quien enuncia es mujer: Luisa Martínez. Ella es periodista y es quien carga de sentido estas páginas. Basta esta última precisión para que debamos plantear la función pública y personal del ejercicio periodístico que consolidaron las venezolanas en esta década que vengo tratando. De hecho, la autora de *El vargueño* fue la fundadora y editora de una revista importante en esos años, como fue *Nos-Otras*. Esta publicación hemerográfica mantuvo vigencia durante varios años, desde 1927 hasta 1944 (aunque los últimos números tuvieron frecuencia irregular). Pero no es de la revista de quien debo tratar en este momento, sino de este “ensayo de novela”.

Si alguien recuerda a *Rayuela*, tendrá en mente que esta novela cortazariana de 1963 abría con un “Tablero de dirección”. No ha faltado quien afirme que esta manera de comprometer al lector (“lector cómplice”, lo caracterizó Cortázar) era la primera vez que se planteaba y que se debía al genio literario del argentino el feliz hallazgo. ¡Ajá! ¿Y si les digo que esta última afirmación es un disparate?, ¿que no fue Cortázar el primero en comprometer al lector en el acto de decodificar un material ficcional? Les cuento.

Ese recurso, esa complicidad con el receptor, lo plantea Luisa Martínez en *El vargueño*. Para comprobar lo dicho, leamos la recomendación que abre la lectura:

La acción de este ensayo de novela parte del presente, va al pasado y de este vuelve al presente, siguiendo el trazo de una elipse que no tiene ni comienzo ni fin.

Cada capítulo podría ser un punto de partida; podría ser el prólogo o el epílogo; podría el lector empezar al final o podría también empezar por las páginas centrales y voltear estas hacia la derecha o hacia la izquierda (p. 9).

Con lo que, de paso, nos está anunciando que no hay una anécdota lineal, que el tiempo ha sido fragmentado. Y hace más nuestra Luisa Martínez López-Méndez.

Concibe unas páginas donde prima la sugerencia, donde las certezas se desvanecen (un procedimiento narrativo que, recordemos, solo en 1951, casi veinte años más tarde, dio forma a “La mano junto al muro”, de Guillermo Meneses), donde es esquivada la posibilidad de establecer conexiones entre los acontecimientos. Esa atmósfera que insinúa, que vela los hechos, que no hace concesiones al lector, se consolida por medio de una máxima economía de lenguaje.

Es sorprendente todo lo que recoge en tan pocas páginas (insisto en las ciento treinta y una que consolidan la primera edición) para explorar esas subjetividades femeninas. Y debo decir que lo fundamental del acontecer se desarrolla en Venezuela, en Caracas, aunque hay un momento al final del relato que sucede en España. Y viene la pregunta referida al título. Vean que es puntual el propósito de colocar la imagen de este mueble en la contraportada porque, bien visto, el relato se estructura sobre la base de cajones, de compartimentos (aparentemente) estancos que, en su conjunto, forman el todo.

Ese vargueño tiene una leyenda en letras góticas que dice: “Apura el vino de la vida mientras dure”. La cuestión está en que, para la mujer, “vivir la vida” significa “entregarse a un

gran amor”. Y en esta novela el “gran amor” no tiene solución feliz. La imagen de la recién casada que es violada por el esposo la noche de bodas es más que elocuente. Las mujeres que pueblan este universo de ficción optan por el suicidio. La narradora —Luisa, la periodista— no parece tener pareja, es decir, este hecho le permite seguir con vida. Y la novela introduce elementos que tendrán un desarrollo central en la novelística que posteriormente generaron las mujeres: el divorcio y el consumo de drogas. Esta última temática corre muy rápidamente, cuando la mujer que ha sido violada por el esposo en su noche de bodas observó que “con mayor frecuencia, Francisco recurría a los estimulantes” (p. 65). Y cada una de esas preocupaciones que acoge la novela podemos ir depositándola en una pequeña gaveta. Al llegar a la última página, la lectora tendrá ante sí un vargueño, o sea, muchas gavetas que darán forma a la totalidad de lo planteado.

Cierro estas páginas con una acotación: como exponente de la vanguardia literaria venezolana de los años treinta, *El vargueño*, de Luisa Martínez, corre en paridad de méritos estéticos con *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez.



# ÍNDICE

Explicación / 11

El vargueño

A / 19

B / 23

C / 31

D / 35

E / 37

F / 39

G / 45

H / 47

I / 49

J / 51

L / 53

M / 55

N / 57

O / 61

P / 63

R / 65

S / 67

T / 69

U / 73

V / 75

X / 83

Y / 85

Z / 87

Epílogo

por MIRLA ALCIBÍADES / 91

*El vargueño*  
Digital  
de la Fundación Editorial El perro y la rana Caracas,  
Venezuela,  
en el mes de junio de 2024





## *El vargueño*

Publicada en 1932, *El vargueño* fue definida por su autora como un “ensayo de novela”. Para la crítica de entonces se trataba también de un experimento narrativo vanguardista. Alejada de la novela de la tierra, Luisa Martínez construye un relato donde los personajes —así como el yo narrativo— no responden a las leyes temporales. La influencia del poeta Rimbaud deja una impronta en la estructura y la composición narrativa, marcada de interrupciones que complejizan la construcción de la historia. Reflexiva y psicológica, el contexto social y moral son cuestionados, pero buscando trascender el ambiente y sus circunstancias, la obra transita por el mundo de la realidad sensible del alma femenina.

### **LUISA MARTÍNEZ (Caracas, 1895-1975)**

Periodista, escritora, traductora y editora. Funda y dirige la revista *Nos-Otras* (1927), publicación que se convierte en un hito en la formación intelectual de la mujer venezolana. Exploró territorios temáticos diversos que abarcaron desde la libertad amorosa, la revisión del código civil, el divorcio, hasta la situación laboral de las mujeres, siempre en pro de una revalorización del universo femenino y retando la mirada conservadora de la Venezuela gomecista.

**IMPRESO EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA**

